

CALLES

JOSE JOAQUIN BLANCO

**COMO
INCENDIOS**



Todo puede ocurrir en la Ciudad de México, hasta que aparezca por ahí un viejo alcohólico enloquecido por lecturas místicas, y trate de revivir en la miseria de la ciudad ritos y creencias esotéricas o hasta levemente diabólicas; puede ocurrir más: que tenga éxito y, auxiliado por el mito de un boxeador glorioso recientemente fallecido, extienda sus inspiraciones y delirios en la muchedumbre, que llegue a la radio y a la televisión, a la publicidad comercial y al subempleo callejero; y todavía más: que sus seguidores, solitarios y desamparados en el inmobiliario y financiero desierto urbano, se agrupen e intenten formar una Comunidad de los Justos en las afueras de la ciudad, en tierras invadidas. Lo que puede ocurrir es inagotable: *Calles como incendios* traza algunas de estas infinitas posibilidades.

¿Por qué no parodiar los libros de misticismo y milagrería, del modo en que algún clásico parodió las historias de caballeros andantes? La secta de la Puerta Dorada sobrepone una sardónica máscara de teatro en las más diversas fuentes teosóficas, teológicas, filosóficas o de llana credulidad milagrera, y construye una Escala de Jacob desde el cieno hasta el paraíso solar que, en opinión de sus detractores dentro de la novela, podría considerarse como un enrevesamiento demoníaco de lo sagrado o como un intento de poner un paraíso a los malvados.

Dos perros, Mut y Atem, un anciano profeta ebrio, el viejo Bonilla, una sacerdotisa casi etérea y otra casi cavernícola, un fugitivo de la policía, un boxeador muerto y un manager desafortunado, algún líder ambicioso de poder y algún licenciado ávido de comercio, una actriz de protuberancias escandalosas, un gordo locutor de televisión y una parturienta prodigiosa destacan en el populoso reparto gesticulante de este gran guiñol con que José Joaquín Blanco da un nuevo sesgo a su obra narrativa.

Planteada como una farsa o, mejor aún, como una comedia de enredos del tipo que inspiró Lope de Vega, en el que lo estrafalario y lo sublime no dejan de enredarse en episodios de capa y espada, *Calles como incendios* narra el desamparo espiritual e ideológico de las masas urbanas a través de la anécdota bufa de una conspiración mesiánica. En las calles, en las terminales del metro, en los mercados, en las cantinas y loncherías surge la necesidad elemental de una fe y de un entusiasmo que, unida a un difunto boxeador místico, da pie a una *jocoseria* secta de místicos e iluminados, no lejana de aquellos momentos del teatro clásico español en los que el Diablo aparecía en escena y con maestría tramoyística pretendía poner en jaque al catolicismo oficial.

Entre burlas y veras, José Joaquín Blanco va trazando una curiosa imagen de la Ciudad de México, de la miseria y de los cada vez más increíbles recursos que la gente se inventa para conseguirse un techo, de la manipulación de los medios de comunicación y de la corrupción administrativa, del resurgimiento de ancestrales ambiciones de dominio clerical, de las ilusiones deportivas y publicitarias, de la ingeniosa imaginería multitudinaria para escapar del desempleo y, en fin, de las profundas y nunca apagadas aspiraciones de dignidad y hasta de sacralidad humanas que mal que bien consiguen vigorizar la vida, en condiciones que se diría imposibles.

En *Calles como incendios* todo es teatro: no se aspira al realismo ni a la introspección, y se experimenta con el trazo burdo, con la escenografía de cartón, con los elementales mecanismos de tramoya de pueblo; y se intenta la parodia de las filosofías éticas y místicas que no escasean en una cultura civil tan desolada. Se propone divertirse con lo solemne, y aun con lo trágico y con lo atroz, y quisiera recobrar la jocunda *teatrería* de las viejas comedias de nuestra lengua.

Índice de contenido

Cubierta

Calles como incendios

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Sobre el autor

A Luis Zapata

*Oíd de un caos la materia prima,
no culta como cifras de receta,
que en lengua pura, fácil, limpia y neta,
yo invento, Amor escribe, el tiempo lima.
Estas, en fin, reliquias de la llama
dulce que me abrasó, si de provecho
no fueren a la venta, ni a la fama...*

Fray Tomé de Burguillos

UNO

HACIA LAS ONCE de la mañana, el viejo Bonilla debió haber parecido una figura natural del parque. Alto, delgado, hasta un poco distinguido con su traje bien planchado y el periódico deportivo (doblado cuidadosamente), habría pasado desapercibido por los andadores, entre las madres jóvenes que sacaban a sus pequeños a ensayar los primeros pasos, o en alguna de las bancas que rodeaban la fuente central, de no haber sido por sus perros. Eran enormes y desaforados: negros, duros, esbeltos. Los amigos de cantina del viejo no habían podido ponerse de acuerdo sobre su raza: tan mezclados les parecían, producto seguramente de varias generaciones de mezclas heterodoxas.

Pero ahí andaban, sueltos, los perros: jóvenes y colosales, casi monstruosos, correteando en torno al anciano amarillento, se diría casi ascético, que no se ocupaba de controlarlos: los dejaba que se adueñaran del parque en veloces carreras estrepitosas —alarmantes alaridos, gritos de gente, belfos jadeantes y babosos—, arrollando una que otra planta de los geométricos setos y matorrales que se demoraban en dibujar los jardineros, quienes por lo demás ya no se molestaban demasiado con los perros: se habían acostumbrado a ellos como a las demás calamidades del parque: los papeles y los envases desechables que al mediodía tiraban los albañiles y los mecánicos que se tumbaban a lonchear sobre el pasto; los kilos de mierda de perro fino que tenían diariamente que barrer y recoger; las botellas vacías o rotas, la ropa y los trapos ensangrentados, las

carteras saqueadas, los cuchillos, alguna vez hasta una pistola, que las noches violentas de la ciudad dejan en los parques como erizada resaca a las primeras luces del amanecer; las palomillas de chamacos tras pelotas sobre los lechos de plantas recién arregladas; los deportistas tempraneros, corredores y gimnastas, que estorbaban a cada instante la tarea de barrer y limpiar los prados, y pasaban rígidos y frescos, como enrojecidos y revitalizados por el esfuerzo físico, tropezándose —gestos exasperados— con los mugrientos y ajados jardineros, que muchas veces medio se tambaleaban sobre sus largas escobas de varas, abrumados por la cruda o aún en el mareo de una borrachera sin terminar, y entre escobazo y escobazo necesitaban templarse con algún embozado traguito de brandy barato, que venía escondido dentro de la propia carretilla donde iban recogiendo la hojarasca y la basura.

Y había sido precisamente el olfato instantáneo y goloso de los grandes perros, la exactitud con que Mut y Atem descubrían sus botellas en los mejor disimulados escondites de los setos o entre los guangos pantalones del uniforme grisáceo, lo que había hecho sospechar a los jardineros que también al viejo Bonilla le gustaba el trago. Lo habían espiado hasta sorprenderlo en el momento en que, fingiendo un acceso de tos que requería un traguito de jarabe, sacaba una botella envuelta en papel de estraza y se aclaraba la garganta, sin (al parecer) interrumpir la lectura del periódico deportivo, ahí, en una banca de la fuente central, bajo un frondoso árbol de florecillas azules —acaso lavándulas— en la brillante luz de la mañana.

Estaba leyendo una crónica sobre un boxeador de moda, en tipografía menuda y columnas estrechas, bajo las aparatosas fotografías de un rostro joven, ensangrentado y desfigurado: los jueces habían suspendido la pelea en el octavo round por razones de humanitarismo deportivo, para que los enfermeros sacaran del ring, en camilla, al conmocionado campeón (¡ya excampeón!), que había de morir

algunas horas después en un celebre hospital privado. «El campeón tuvo el honor de haber sido derrotado sólo por la Muerte», afirmarí­a el licenciado López, famoso empresario deportivo.

Ya fuera a causa de su concentración en la lectura, o bien porque hubiera ocurrido una de esas profundísimas pausas de silencio en que de repente se sumen los parques, como abstrayéndose del tráfico y del movimiento de la ciudad por momentos que, a su vez, parecen escaparse del tiempo (en los cuales hasta las instantáneas lagartijas pueden recortar minuciosamente su perfil, antes escondido en la rugosidad de las cortezas, distinguirse nítidamente entre los árboles rigurosamente numerados y podados por los jardineros, asomar cabecillas voraces de cazador experto, bajar hasta las raíces salientes, atreverse a llegar a la húmeda profusión del matorral, y ya en la cercanía de los rosales atrapar en un exacto compás de sus fauces la distraída festividad de alguna pequeña mariposa, que luego degluten metódica y ceremoniosamente); o bien porque en mitad de la mañana de un día escolar, a ratos ese parque casi se despoblaba, y el viejo Bonilla disfrutaba bajo los árboles de más tranquila soledad que la de su casa, no pudo sino acompañar con su propio sobresalto —un vuelco del corazón y el periódico que caía a sus pies— la furia de sus perros: cómo derribaban a un hombre en medio del matorral, y el terror del hombre que jalaba los brazos de entre los hocicos, por fin sacaba una pistola y lanzaba un tiro fallido en el mismo instante que el viejo Bonilla gritaba:

—¡Mut! ¡Atem! ¡Aquí!

y todo ello devolvía el parque a la ciudad; se destacaban de nuevo los ruidos del tráfico de la avenida próxima, los cláxones, los silbatos, alguna tonadaailable y fugaz de un radio de automóvil. Y atraídos por el disparo, unos cuantos vagos y vendedores ambulantes iniciaban cerca de la fuente central la congregación de curiosos.

Con grandes esfuerzos el viejo Bonilla contenía a los perros, mientras balbucía todo tipo de disculpas y ofrecía al hombre (que era yo) llevarlo a una clínica, si estaba herido; y desde luego, pagarme la chamarra que los perros habían desgarrado.

—No me explico qué les pudo pasar a los perros; los traigo todos los días y nunca me habían dado qué lamentar —mentía, como también lo había hecho durante tres o cuatro percances anteriores. Lentamente y gruñendo, Atem y Mut se tranquilizaban.

—¡Ya déjese de chingaderas y lárguese con sus malditos animales de una vez! —dije, y aprovecho para presentarme al lector como un hombre todavía joven, robusto, con una pancita incipiente; traía botas negras, finas, sólidas, muy raspadas y llenas de lodo; una chamarra de gamuza también muy sucia, ya desgarrada en los brazos y los faldones, y un pantalón gris de pana, con lamparones de manchas secas.

Escondí la mano con la pistola en una bolsa de la chamarra; parecía que yo tenía miedo, no tanto de los perros (que el viejo Bonilla estaba terminando de sujetar con correas ensartadas a sus collares), como de los curiosos que seguían acercándose, de los jardineros (y acaso, pronto, también de algunos policías). «Este hombre anda huyendo», decidió el viejo, pero no se quedó ahí: «Se ve mareado, le tiemblan los brazos, suda mucho, tiene los ojos enrojecidos: este hombre trae una papalina de aquéllas».

—Por supuesto que le pagaré todos los daños; oiga, ¿está seguro de que no necesita un médico? —decía el viejo, mientras terminaba de ponerles bozales a los perros.

—Carajo —exclamé; me alisé frenéticamente el pelo; miré en dirección de los diversos andadores que venían a converger en la fuente central y en todos ellos creí ver policías, al fin me decidí:

—¡Vete a la chingada, pinche viejo!

Eché a caminar, y detrás de mí el viejo; la gente nos abría paso, temerosa de los perros, que se agitaban en intentos de librarse de correas y bozales.

—¿No que había balazos? —un niño recriminó a otro.

—¡Señor! ¡Mi tarjeta! —gritaba el viejo Bonilla.

Creí ver policías también en las calles aledañas al parque. El aire se volvía turbio y las figuras se emborronaban y licuaban en él como reflejos en agua removida; empecé a marearme y sentí que iba a vomitar, creí que me asfixiaba. Me detuve, respiré hondo; y como si le pidiera una tregua a la realidad, volteé hacia el viejo, tropecé, logré mantenerme en pie y acepté la tarjeta. La miré y remiré por ambos lados y lancé unas carcajadas gruesas, mientras me limpiaba el rostro con la mano y volvía a sentirme seguro, devuelto al sueño grotesco que había empezado el mediodía anterior, y que por lo visto no me abandonaba todavía. Mientras la realidad siguiera comportándose como pesadilla, inconexa o absurda, podía sentirme a salvo: el peligro estaba en la sólida, fría realidad de la razón, de los comportamientos lógicos y de los trámites o instituciones eficientes.

—¡Nada más eso faltaba! —grité, para que me oyeran las docenas de borrosos policías, que desaparecieron de inmediato al sonido de mis carcajadas:

INÚTIL INFIERNO ES EL MIEDO
 ¡Sal de tus prisiones!
 La liberación está en ti.
 LA PUERTA DORADA
 Apdo. Postal 1567 Méx., D. F.
 CONFIDENCIAL NO LUCRATIVO

ADOLFO BONILLA. Guía
 científico y filosófico:
 «Sólo padece y sufre quien
 no saber vivir», «Descubre

la nueva existencia de la
CONCIENCIA ILUMINADA»

Miré en torno mío. El aire se había aclarado, brillaba; el parque y las calles estaban casi vacíos; los curiosos se habían quedado lejos y parecían escasos e inofensivos. Pero quizás los policías se habían escondido para espiarme y no tardarían en aparecer. Tomé de pronto una decisión arrojada:

—Oye, merolico, te doy veinte mil pesos si me escondes unas horas.

—Las puertas de mi morada están abiertas para quienes sufren tribulación —aceptó el viejo Bonilla, con una reverencia de farsa ceremoniosa, casi sarcástica, más propia, en efecto, de un mal sueño.

—Llámame Luis —me presenté, y tomé por el cabo la correa de Atem. El viejo llevaba la de Mut. Caminamos unos metros más y dimos vuelta en una calle estrecha, donde el viejo había estacionado su camioneta, bien provista de altavoces y de folletería mística. Los perros saltaron dócilmente al asiento posterior y se echaron entre costales que contenían miniaturas en plástico de bustos de Iluminados: Zenón, Oleantes, Crisipo, Posidonio Sirio, Musonio Ruffo, Séneca, Epicteto, Marco Aurelio y hasta un Sagrado Corazón togado y peinado a la romana.

PRIMERA llave de la Puerta Dorada: Que no intenten ingresar los atribulados ni los desesperados de última hora. Pero quien en pleno dominio de sí sepa avanzar por ella, no volverá a conocer el miedo. Lávate de tus temores y regresa. Anticípate en la mente a la desgracia y fortalécete. Sea maldito quien haga mofa o mal uso de los secretos.

«BUENO: con la charlatanería no se llega muy lejos», pensé al entrar al vetusto edificio, pesado, chueco, de un gris tiznado, con dos mochas cariátides de yeso en la fachada (planeadas a principios de siglo como distinción inevitable para la residencia de un comerciante en jabones) y una profusión de graffiti (tiza y carbón) que declaraban amores con corazón flechado, proclamaban los éxitos de la pandilla local contra la vecina, denunciaban al *Muecas* como puto o se conformaban con lacónicos vivas a la mariguana.

La planta baja y el primer piso funcionaban como escuela; un gran anuncio informaba de clases de mecanografía, computación, secundaria intensiva, oratoria y cursos libres de alta cultura y filosofía. Imaginé un alumnado de sirvientas, mozos, muchachitos desempleados o adultos solitarios con deseos de superación. Cuando subíamos al segundo piso, el de las habitaciones principales (había otras en la azotea), las aulas estaban desiertas; sólo en la de mecanografía una docena de muchachas pobres se atareaba en largas mesas verdosas, sobre máquinas traqueteantes, presididas por un gran cromo en lo alto del muro principal: el adusto y pensativo vate nayarita, rodeado en semicírculo por un letrero en caracteres góticos:

MI VOLUNTAD ES UNA CON LA SUPREMA
LEY.

DOS

ME ES FÁCIL ver al viejo Bonilla, como si yo hubiera estado ahí, dentro de la soledad de su cuarto. Era una noche calurosa. El viejo había tenido que abrir las ventanas (un mustio cuarto de azotea, originalmente pensado para criados).

Con un tráfico tan ruidoso: los silbatazos de los vendedores de camotes y plátanos asados, los urgentes chiflidos con que los gañanes de las esquinas requerían perentoriamente a las sirvientas de las azoteas; las proclamas noticiosas, a grito pelado, de los voceadores en los cruceros y hasta las carcajadas, leperadas, pelotazos y botellazos de los peones de albañil del rascacielos en construcción de enfrente (a esa hora convertido en húmeda y vertical caverna de tabicón y concreto, con apenas mortecinos resplandores de algún foco, descolgado artesanalmente —un largo cable lleno de peligrosos nudos de cinta de aislar— de un poste de alumbrado público, donde los peones se lavaban, ponían a secar su ropa, se echaban a dormir o procuraban divertirse entre el jolgorio ranchero del radio portátil a todo volumen y los montones, debidamente inventariados, de varilla y alambrón; o bien retrocedían a los tiempos del comal y la hoguera, para recalentar tortillas sobre la tapa de un bote de pintura vindica, con fuego de restos de duelas y madera de empaque); en fin, con la erizada cólera urbana del día laboral que termina, su hartazgo y sus prisas: la gente hasta el copete del arduo día vivido y una especie de odio aterrado a la vida industrial, que soberanamente desplegaba sus estandartes de neón y amplias banderas co-

merciales; con todo eso y precisamente a esa hora — ¿cuánto tiempo llevaba su inesperado (¿inesperado?) huésped en el cuarto de abajo, su propia recámara?—, era imposible seguir meditando en el boxeador muerto, de cuyas imágenes fotográficas y hazañas en recortes periodísticos tenía llenas dos cajas de cartón (*Manéjese con cuidado. Riesgo vidrio. Este lado hacia arriba*).

El viejo no podía más que asir con fuerza el borde inferior de la ventana (dedos nudosos, piel arrugada, uñas grandes y cuidadas) y llenarse a pulmón entero del aire iracundo de la ciudad: ira nacida del odio: odio nacido del temor: temor engendrado de la ignorancia del hombre ante sí mismo y ante el cosmos: las supersticiosas ambiciones y atrabiliarias esperanzas de una humanidad engañada por los demonios del amor, del placer, de la alegría, de la divinidad, de la vida eterna, de la belleza, de la propagación de la especie, de su frenética voracidad de espejismos y absolutos vitales: tantas veces lo había predicado, quizás durante toda su vida, aun cuando andaba engañado en su juventud católica y en sus posteriores asomos a teosofías y doctrinas sociales; aun antes de descubrir —revelación tardía: sol de invierno: sabiduría serena y fresca del ser desengañado en la vejez— ora en volúmenes de difícil filosofía, ora en la experiencia de la gente, concentrada en refranes o fragmentos de conversación; ora en instantes proféticos y sobre todo en avisos súbitos del sueño o la iluminación, las veinticinco llaves de la Puerta Dorada.

Pero las palabras eran cadáveres. Más ilusorias aun que las personas. Espejismos a la segunda potencia: ¿qué otra cosa, si no, que etéreos símbolos dentro de esos otros símbolos etéreos que, bien mirado, eran las criaturas humanas frente a la irracional, increada, interminable vacuidad del cosmos? Sólo a veces se encendían —fuegos fatuos— las palabras: verdosos destellos eléctricos de cuerpos en putrefacción, movimientos mortuorios de la naturaleza abandonada a su vida en constante exterminio. La predicación,